

## EL CUENTERO JUAN MORILLO\*

**Sara Beatriz Guardia**

En una entrevista que le hice a José Donoso en 1995, me contó que en las noches el zoco de Marrakesh está lleno de vendedores, acróbatas, saltimbanquis, y encantadores de serpientes, pero que la figura que más lo sedujo fue la del contador de cuentos; porque en esa multitud había ciertos hombres con la barba bastante larga y vestimenta pobre, que no tenían otro recurso que la memoria. Alrededor de ellos se formaban grupos. Había uno que probablemente lo hacía bien pues tenía gran público, otros que les iba mas o menos, y a quienes nadie escuchaba. La figura del contador de cuentos era tan seductora que incluso se detenían a escucharlos quienes no entendían el idioma, solo para seguir sus voces, gestos, y la reacción del público, intentando imaginar cuentos que vienen de muy atrás, cuentos que arrastran siglos y la historia misma.

Para mí Juan Morillo, es como esos cuenteros. Lo supe cuando en los años iniciales de nuestra fecunda y hermosa amistad, reunidos con otros amigos en cafés del centro de Lima siempre nos asombraba con alguna historia, o cuando simplemente al final de una fiesta bailábamos Toro mata, como si quisiéramos perpetuar el sonido del cajón y la guitarra en la alegría de aquellos años.

Entonces ya había publicado en 1964 el libro de cuentos *Los arrieros*, y estaba abocado a la enseñanza universitaria en Ayacucho y Lima, hasta que en 1978, se fue a la China, a trabajar en el Instituto de Lenguas Extranjeras de Pekín, y no volvimos a escuchar su voz. Pero de pronto, y tras tantos años de silencio, Juan, como todo buen cuentero, en 1999 publicó un libro de relatos titulado *Las trampas del diablo*, y siguió sin parar en los cuatro años siguientes con tres novelas: en el 2001, *El río que te ha de llevar*; el 2002, *Matar el venado*; y el 2003, *Fábula del animal que no tiene paradero*. Convirtiéndose en uno de los más valiosos narradores peruanos de la actualidad.

Como él lo ha dicho en varias ocasiones, es probable que vivir en China le haya permitido escribir con cierta comodidad, aunque también ha dificultado la publicación de sus relatos. Así, por ejemplo, *Fábula del animal que no tiene paradero*, siendo su primera novela, ha sido la última en conocerse. Pero aunque las novelas exploran un universo común, no constituyen una secuencia, y por lo mismo su lectura en orden de aparición tiene incluso más sentido que el puramente cronológico. Lo importante aquí lo constituye el espacio privilegiado de quien con lucidez y serenidad mira el pasado y sus orígenes desde una orilla de la cuenca del río Marañón, en la que confluyen historias turbulentas, textos narrativos extensos y complejos, que configuran la obra total y única de un notable escritor.

---

\* Maison d'Amérique Latine. Paris, 14 febrero 2005.

¿Se trata de novelas enmarcadas en la narrativa indigenista, entendida como un movimiento interdisciplinario que tiene sus raíces en el trauma de la conquista, y que se mantiene vigente en la novela peruana?. En su ensayo *Escribir en el aire*, (1994), sobre la heterogeneidad socio-cultural en las literaturas andinas, Cornejo Polar afirma que no existe una teoría literaria peruana para abordar una literatura que él denomina de heterogénea porque escapa a una homogeneidad cultural que no corresponde a la realidad del Perú, un país en su mayor parte mestizo, multicultural y plurilingüe, con dinámicas discursivas propias, disímiles, contradictorias. El escritor José María Arguedas es quizá el más dramático ejemplo de la oposición entre el mundo indígena y el hispano y su falta de resolución planteada con su suicidio.

En una sociedad dividida entre dos culturas, dos universos: el de los indios y el de los "blancos", no existe neutralidad posible, "hay, por el contrario, choque y oposición permanentes, contradicciones agudas, insalvables". Aquí hay que encontrar a los escritores de manera individual y colectiva, puesto que en el vasto proceso de la literatura peruana, la conformación de grupos culturales más allá de la concreción de sus planteamientos o de su realización, reviste de particular importancia en nuestro registro historiográfico: César Vallejo participó el Grupo Norte; Abraham Valdelomar en Colónida; José Carlos Mariátegui en Amauta. El grupo La Sierra, agrupó a Luis E. Valcárcel y a José Uriel García; el Grupo Orkopata, a Arturo Peralta, más conocido como Gamaliel Cuarta en las primeras décadas del siglo veinte. Mientras que en los sesenta dos grupos animaron el ambiente cultural y político peruano, en ambos participó Juan Morillo. Me refiero a Trilce de Trujillo, y Narración de Lima. Grupos con una definición política radical de izquierda que adscribieron escritores como Miguel Gutiérrez y Antonio Gálvez Ronceros, entre otros. Mientras que en los setenta, Hora Zero, y Estación reunida, representaron el espíritu de la época, el poder de la poesía en la aspiración del cambio social.

Aquí también hay que encontrar los ocho relatos de *Las trampas del diablo* de Juan Morillo. Todos tienen lugar en un pequeño pueblo de la sierra peruana en el marco de paisajes, costumbres y personajes que se mezclan con mitos populares, poderes sobrenaturales y leyendas. Con un lenguaje crudo, realista, y sin ambages, el drama de la explotación al indígena aparece sin concesiones ni idealizaciones propias de los primeros indigenistas. Relatos orales donde la voz del que cuenta está presente con un buen manejo de la tensión narrativa, y el discurso de los personajes femeninos. Sin embargo, la amplia libertad narrativa desde el punto de vista del caudal del lenguaje de una narrativa gótica y obsesiva, como señala Carlos Garayar, se advierte con mucha más claridad en las dos novelas: *El río que te ha de llevar*, y *Fábula del animal que no tiene paradero*.

La vigencia y continuidad de los temas y problemas característicos de la narrativa indigenista, actualmente denominada andina, sigue concitando la atención de los creadores, centrada en la violencia política y social generada, y en las consecuencias del mestizaje cultural en la formación de la subjetividad de los protagonistas, como en las novelas, *País de Jauja* de Edgardo Rivera Martínez, *Ximena de dos caminos* de Laura Riesco; e incluso en *La violencia del tiempo* de Miguel Gutiérrez. *El río que te ha de*

*Llevar*, une estas tendencias en la sucesión de vidas de un linaje que abarca desde fines del siglo XIX hasta mediados del siglo XX, cincuenta años de la historia del Perú durante los que se suceden la Guerra del Pacífico y la rebelión de Atusparia.

La familia Ponte, en el pueblo de Uchus, en la sierra del departamento de la Libertad a orillas del río Marañón, es la protagonista de la novela, plena de personajes que viven, aman y se expresan sin la intermediación del narrador, con sus propias lógicas como la ciega Zoila, los hermanos Aponte, y Adela, personajes que nos hablan de sus sueños, de lo que sucede en el pueblo, y con la tierra como elemento central alrededor del cual se dan todas las historias.

La acción transcurre en la voz de una anciana ciega, Zoila, con un discurso caudaloso e inagotable como el río Marañón que atraviesa todo el relato de comienzo a fin. Abarca tres generaciones y es también la historia de Uchos, un pueblo convertido en hacienda propiedad de familias altaneras. Es la voz narradora de la anciana ciega que conoce la vida de toda la gente de la región, la que une los registros de la memoria, y así empieza el formidable relato, en la voz de la anciana:

“Lo que bulle en mi mente y en mis sueños, lo que extraña mi corazón y lo que tocan mis manos, todo es memoria en mí, todo. Y aún cuando no me mueva más que unos pasos, así voy por la vida: pintando figuras y presencia de parajes y cielos hechos únicamente para mí. Hoy he venido para empezar a hablarles...”

Y su voz, es como las aguas del río Marañón, el río de la vida, cuya fuerza y caudal arrastra a los protagonistas, con una fuerza vital que nunca cesa y que les recuerda a cada instante que todo es pasajero. Aguas que se mezclan, como se mezclan las voces de los personajes, los tiempos, y los niveles de realidad.

“Ya no lo veo ni lo veré más – resuena la voz de la anciana ciega - pero seguirá pasando igual que siempre, con sus mismas aguas revueltas y con su voz que trae según quien la oiga, advertencias, amenazas y tal vez también resonancias de muerte. Voz de muerte, voz de responso, voz triste y dolorosa...”

Es el río que brama, que corre ondulante, llenando espacios fecundos, con voces que solo los cuenteros como Juan Morillo saben escuchar. Voces que hacen hablar a las piedras, a las aguas burbujeantes que pasan indiferentes al sufrimiento de los indios, mientras un rumor profundo recorre el valle. El río está hablando, y en las noches si se le escucha con oído atento, ese río de aguas alborotadas y bravas, fingiendo estar dormido, está contando historias sin darse el más mínimo sosiego.

Nace cerca de 5,800 metros sobre el nivel del mar, en el glaciar nevado de Yapura, en los Andes peruanos, pero nadie sabe exactamente cuando nace el río Marañón, ni tampoco dónde muere luego de recorrer cerca de 1.600 kilómetros, para unirse con el río Ucayali y dar origen al legendario río Amazonas. ¿Qué le habrá dicho el río a Juan Morillo que un día se sentó a escribir miles de páginas y continua sin terminar, como el río cuyas aguas pasan arrastrando troncos, ramas desnudas, y piedras?

Dicen que cuando se escucha las voces del río, nadie puede olvidarlas, semejante a la pasión que llevó a Lope de Aguirre, allá en el año de 1559, a recorrer el Marañón en un viaje alucinante: "Caminando nuestra derrota, pasando todas estas muertes y malas venturas en este río Marañón, tardamos hasta la boca de él y hasta la mar más de diez meses y medio. Caminamos cien jornadas justas, y anduvimos mil y quinientas leguas. Es río grande y temeroso. Tiene de boca ochenta leguas de agua dulce, y tiene grandes bajos, y ochocientas leguas de desierto", escribió en su diario.

En *Fábula del animal que no tiene paradero* Juan Morillo vuelve a las serranías del norte del departamento de La Libertad para completar el vasto ciclo narrativo. Alude otra vez al acto de narrar y a la condición errante de los personajes de la novela. La historia del poblado de Ultocoche es contada a través de varios narradores orales, caminantes pobres cuyas únicas posesiones son su memoria y su habilidad para atrapar a los oyentes con sus relatos. Estos personajes, básicamente tres, van alternando sus voces a lo largo de las más de 900 páginas del libro, para elaborar un retrato, siempre desde la perspectiva de la miseria y desamparo de los narradores, de la vida en Ultocoche que abarca tanto las costumbres y situaciones cotidianas, como las festividades y sucesos extraordinarios.

Es la voz ancestral que deja correr, en tono de parábola, la historia de la modesta familia, referida desde sus orígenes en que la realidad no es más que la versión del mito y la leyenda, hasta sus tiempo de gloria, cuando ya afincada modestamente en la pampa, se yergue como un poder que reduce a la impotencia la soberbia de la familia de los hacendados. Pero más allá de la historia de un pueblo contada desde diferentes ópticas, la novela de Juan Morillo es la afanosa búsqueda del poder de la palabra y de la fabulación en la convicción de que ha de servir para desterrar los males que ensombrecen el cielo de lugares remotos y olvidados.

La voz que "¿Qué es lo que empieza en la lengua del que cuenta y se suelta como un viento y como un viento se reparte luego en otros vientos? ¿Qué es lo que avanza así, abriéndose en ramas, dejando a su paso figuras encendidas de prójimos y parajes y caminos por donde van las andanzas de la vida? ¿Qué es? Es la palabra que se enciende y se teje y entreteje en el oído ajeno como una siembra en que lo oído se vuelve voz y otra vez se enciendo y así hasta cuando los tiempos se acaben porque ¿acaso alguna vez se quedó quieta la lengua del cuentero? Un hormigueo de impaciencia siento yo en la mí ahora que me hallo en este empeño que es para mí de vida o muerte. No puedo ni pensar siquiera cómo sería mi vida si no lo hiciera. Quiero hacerlo y lo haré así se derrumbe el cielo o se desordenen los vientos o caigan tempestades sin fin. Siento impaciencia y desde ella, ya me veo en el trance de encender mi voz en los caminos, en la intemperie de una noche de arrieros en la puna, en una plaza en día de fiesta, en el borde de una chacra a la hora del sosiego, en el corredor de una posada poco antes del sueño, o sea en todo lugar donde haya oídos, ahí, yo, dándole al afán de los ejemplos, convencido de que han de ser las palabras, como lo fueron antes, quienes devuelvan a estas tierras el bueno color que algunas vez tuvieron".